

## ESTUDIO DE CASO: CONTACTO ENTRE YAGANES E INGLESES

### El pueblo yagán o yamana

Hay que situarse en Tierra del Fuego –como se conoce el conjunto de islas al sur del Estrecho de Magallanes y hasta el Cabo de Hornos, “un paisaje desolado si bien a menudo inspirador”, como la describe la antropóloga Anne Chapman. Este es el lugar más austral del mundo antes de llegar a la Antártica y “que para los yaganes era su hogar”, según expresiones utilizadas por la antropóloga. Es posible que los yaganes hayan estado ya en Tierra del Fuego hace seis mil años, y se estima en tres mil personas la población yagana de mediados del siglo XIX. En la actualidad, por las circunstancias que desarrollaremos más adelante, este pueblo alcanza actualmente una población de no más de medio centenar de personas y al año 2012 no existía más que una yagana que hablara fluidamente su idioma.

La citada antropóloga afirma con dramatismo que “los yaganes se encuentran entre los pueblos más profanados del mundo”. El mismo naturalista Charles Darwin, cuando escribe en su diario de viaje acerca de sus experiencias de la travesía del barco “Beagle”, ocasión en que encontró yaganes en su medio, se refirió a ellos como “desdichados, miserables, atrofiados”, “salvajes miserables y degradados”, “las criaturas más abyectas y miserables que yo haya visto en ninguna parte”, que “matan y devoran a sus mujeres viejas antes que matar a sus perros”. En otro lugar de su obra agregó “al ver a estos hombres difícilmente creería uno que sean nuestros prójimos y habitantes del mismo mundo”.

Luego comentaría de los yaganes:

“Esos pobres desdichados tienen una talla escasa, sus rostros repugnantes y embadurnados con pintura blanca, la piel inmundada y grasienta, los cabellos enmarañados, la voz discordante y los gestos bruscos”

Otro gran personaje de la época, nos referimos al navegante inglés James Cook, el primero en ingresar al círculo polar antártico a fines del siglo XVIII, hizo algunos comentarios de los yaganes que servirían de preludio de Darwin:

“De todas las naciones que he visto, los pechera (alacalufes) son con certeza los más miserables. Están condenados a vivir en uno de los climas más inhóspitos del mundo sin que tengan la inteligencia como para conseguir las cosas necesarias que les haga llevadera la vida (...) en suma uno no ve nada en ellos que no sea repugnante en grado sumo”.

En verdad, los yaganes de la época de Darwin, como los de antes y los posteriores, de ninguna manera pudieron haber sido poblaciones miserables pues de haber sido así no podría explicarse cómo pudieron sobrevivir por tantos siglos en un lugar tan aislado y con condiciones climáticas extremas. Los juicios de Darwin –que muchos otros repliaron con demasiada frecuencia- se explican con toda seguridad por la mirada extremadamente superficial que ponían en lo que estaban

informando, sin capacidad de comunicarse con los aborígenes y lleno de prejuicios de diversa naturaleza. Es cierto que al momento del encuentro con los navegantes europeos en la segunda mitad del siglo XVI (específicamente con tripulación liderada por Francis Drake en 1578), así como con navegantes posteriores (como el nombrado Capitán Cook), o con cazadores de ballenas o lobos en la primera mitad del siglo XIX, los yaganes pudieron estar desnudos, sus extremidades algo encorvados, sus cabellos y cuerpos untados con aceites pestilentes de animales marinos, así como es cierto que a menudo veían a los yaganes con sus cuerpos pintados o sus ojos irritados a causa del humo. Pero de ahí a afirmar que los yaganes fueran personas miserables existe un trecho demasiado grande.

Durante muchos siglos tuvieron otro estigma que pesó mucho en contra de ellos y los condenó al estatuto de los habitantes más salvajes del planeta : el canibalismo. Vale mencionar, como triste anécdota, que esta era la carta de presentación que los comerciantes europeos atribuían a los fueguinos que en alguna oportunidad llevaron algunos para exhibirlos en centros de espectáculos sobre “rarezas” del mundo.

El origen de la creencia en la antropofagia fueguina ha sido documentada. En abril de 1623 una flota de buques holandeses cruzó sin contratiempos el Cabo de Hornos, pero a un cierto punto por causas de las marejadas, las embarcaciones se fondearon en la Bahía Nassau (así se llamaría más tarde). Días después, de uno de sus barcos, se envió a tierra una chalupa con 19 tripulantes para buscar pertrechos, pero que no regresó en la noche. Compañeros suyos buscaron al día siguiente rastro de ellos en tierra firme descubriendo un espectáculo espantoso. Los cadáveres de cinco compañeros fueron encontrados desparramados en la playa, uno “extrañamente destrozado”, dos compañeros fueron recuperados sanos y salvos, y los restante no fueron nunca más encontrados.

Si acaso la presunción era cierta, en cualquier caso en los tres siglos de contactos con yaganes, hechos de esa naturaleza canibalesca no fueron jamás observados.

### **Pueblo cazador- recolector**

Los yaganes mantuvieron por siglos una organización típica de las llamadas sociedades cazadoras-recolectoras que poseían una economía de autosustentación que giraba en torno a la caza, la recolección de alimentos y la pesca. Esta organización suponía un fino conocimiento del territorio, de los fenómenos climáticos y de la vida silvestre. A diferencia de las sociedades agrícolas del neolítico, su economía no generaba excedentes ni requería de acumulación de bienes. Guanacos, aves marinas, focas, nutrias y ballenas, peces y mariscos, tubérculos y frutos del bosque, todo ello formaba parte de la dieta milenaria de los yaganes que capturaban siempre in situ.

Los yaganes obtenían estos alimentos, y en ocasiones protección ante inclemencias naturales o ofensivas de otras poblaciones fueguinas, recorriendo en familia los canales australes, levantando y desarmando campamentos, siguiendo el curso de los acontecimientos climáticos que tuvieron que haber dominado magistralmente. Para estos desplazamientos, los yaganes al igual que sus vecinos

alacalufes (con quienes se comparte la categoría de “fueguinos”), eran hábiles “canoeros”, para usar expresión acuñada por los extranjeros, en el sentido que era habitual que usaran en sus recorridos por los canales australes, además de los medios pedestres, embarcaciones de un largo no mayor a cinco metros que confeccionaban con especial maestría. De las pocas cosas que despertaron admiración inmediata entre los europeos se encontraba justamente la calidad técnica de las canoas que construían con la corteza de los árboles nativos y pieles de animales. No tuvieron más alternativa que reconocer que estas embarcaciones eran más apropiadas para recorrer los canales que los sus propios barcos.

La vida de los yaganes no era pues distinta a la de los pueblos paleolíticos, aquellas sociedades que dominaron la humanidad hasta hace doce mil o trece mil años atrás, es decir hasta cuando surgieron las aldeas de sociedades agrícolas sedentarias acontecido en el Neolítico. En efecto, hasta ahora no se posee evidencia respecto a que los pueblos fueguinos hayan tenido contacto con gente que practicara la agricultura.

### **Impacto de la llegada de balleneros y loberos**

Los yaganes sentían predilección por la carne y la grasa de ballena, incluso de ello dan hasta hoy testimonio los últimos yaganes que hicieron de informantes de Anne Chapman. Los misioneros que convivieron con los yaganes en el siglo XIX relataban que guardaban la grasa durante meses enterrada en el barro bajo una corriente de agua fría. Ballenas encalladas eran las presas más frecuente de los fueguinos y en torno a este acto excitante (su muerte y faena) se conservan testimonios de su tradición oral: historias de conversaciones con orcas, relatos míticos sobre festines, posesiones por espíritus de chamanes.

Dependían también de las focas o lobos marinos que mataban en la playa golpeándolos con garrote o arrojándolos sobre las rocas. Si bien en el plano alimenticio, estos mamíferos marinos cumplían funcionalidades análogas a las de las ballenas, así mismo los yaganes necesitaban del lobo marino sudamericano de dos pelos para sus capas y ropa de cama gracias a la abrigada piel. La grasa de todos estos mamíferos servían para untar sus cuerpos como una suerte de lámina de protección contra el frío, el viento y la lluvia.

Cuando el número de ballenas y otros animales marinos en el Atlántico Norte y Groenlandia se había reducido notablemente por la caza indiscriminada, las grandes pesqueras empezaron a desplazar sus naves, factorías y tripulaciones hacia el extremo sur alertados por los cronistas de las virtudes de los mares australes.

El modus operandi se explica por Alan Moorehead: “Simplemente instalaban una factoría en algún estuario donde se sabía que los animales se reproducían, y los atacaban desde botes pequeños”, con arpones o armas de fuego.

En el año 1788 comenzó el gran capítulo de la historia de la industria ballenera y su escenario sería, precisamente, los territorios de los fueguinos. El aceite de ballena encendía las lámparas del

mundo occidental y lubricaban los engranajes de la incipiente era industrial. Las ganancias de loberos y balleneros eran increíble pues trabajaban con una rapidez asombrosa y no pagaban un centavo por matar a los animales.

La consecuencia de la matanza de animales marinos en el Cabo de Hornos fueron tan devastadores que su población disminuyó casi hasta su extinción. Si sobrevivieron fue gracias al hecho que el petróleo natural para la industria hacia el año 1870. Ahora bien, la disminución de mamíferos marinos tuvo consecuencias perniciosas para los yaganes pues redujo en gran medida una de sus fuentes de alimentos y abrigo más importantes. Aquí tenemos que encontrar una de las causas del despoblamiento de la etnia.

### **La resistencia indígena**

La resistencia de los indígenas por conservar sus tradiciones y por controlar sus tierras está sólo parcialmente documentado, pues una buena parte de la acción opositora no quedó registrada por quienes tuvieron oportunidad de narrarlos por escrito pero no lo hicieron. Esta omisión en parte se corrigió gracias a registros de la tradición oral realizados por antropólogos venidos a Tierra del Fuego en el siglo XX. Pero la resistencia fueguina existió aun cuando no logró detener un progresivo confinamiento físico, transformación cultural y a la largo su virtual extinción. Por ejemplo, en noviembre de 1859 hubo un levantamiento indígena ante la presencia de misioneros anglicanos en la tierra de Button, Wulaia, el que fue narrado por un testigo de oídas del único inglés sobreviviente de la masacre:

“El domingo 6 de noviembre, se llevó a cabo el servicio religioso, y el cocinero, Alfred Coles, quedó cargo del barco. Los hombres estaban de rodilla, en oración, cuando unos trescientos nativos armados con garrotes y piedras se precipitaron sobre ellos. Al pobre viejo Henry, el contramaestre, lo mataron mientras estaba arrodillado; los demás huyeron de la choza y corrieron hacia el bote. A mis hermanos, que cubrían la retirada, espalda con espalda, los mataron juntos.

Los nativos saquearon el barco y, aunque resulte extraño, le perdonaron la vida al cocinero (...). Robert tenía 31 años y John, 29, y eran buenos hijos. Nuestra madre siempre les escribía”.

Ahora bien, más allá de estas exhibiciones de fuerza, podrá imaginarse el lector que una eventual lucha directa entre europeos e indígenas no habría tenido para los últimos ningún destino. La organización indígena tribal, o sea fuertemente descentralizada, y los conflictos interétnicos de mismos yaganes con otros pueblos fueguinos, como con los onas que visitaban a menudo sus territorios para saquearlos y raptar mujeres, hacía de la unidad fueguina para enfrentar al extranjero una quimera. Inglaterra en el siglo XIX era en cambio una potencia mundial.

Tecnológicamente, la lucha habría sido demasiado desigual: mientras unos estaban en la edad neolítica, los otros lo estaban en la era industrial.

De manera que los yaganes tuvieron que hacerse el ánimo de ver circular buques loberos y balleneros, cientos de pirquineros que se instalaban por la largas temporadas en los islas buscando

el oro, y los mismos misioneros que buscan “civilizar” y “cristianizar” a los indígenas, alterando con estas diversas formas de colonización su habitat, pero también su imaginario, como cuando ridiculizaban a los chamanes yaganes, los yekamush, hacia quienes la dogmática cristiana era intolerante. Algunos de estos nuevos visitantes trajeron enfermedades que constituyeron sin lugar a dudas la peor amenaza de la sobrevivencia de los nativos australes.

### **La estrategia “doble C”**

Los misioneros estaban convencidos que la manera de cristianizar a los nativos debía pasar por la transformación de su vida social. En un pueblo con costumbres tan extrañas y depravadas, como en el cual se practicaba la poligamia y el semi-nomadismo, la enseñanza religiosa no podría prosperar. El cristianismo no era sólo una cuestión de fe y oración, sino una forma de vida. Los misioneros emplearon en su acción lo que Chapman denominó estrategia “doble C”, civilizar y cristianizar, la cual se aplicaría en forma rigurosa. No hay que olvidar además que los anglicanos estaban influidos muy fuerte por el espíritu rudo del trabajo, el espíritu capitalista lo llamará Max Weber, el que era francamente disonante con el ritmo pausado de los cazadores- recolectores- pescadores.

La organización de la base de operaciones en Ushuaia en 1869 fue el esfuerzo más grandiosos de los anglicanos por concentrar a la población nativa en una aldea, lo que facilitó escalar enormemente en la ejecución de la estrategia “doble C”. El interés de muchos nativos en llegar a este lugar, en parte como vía de salvación ante la ofensiva de los extranjeros por explotar sus territorios, implicó paradójicamente un paso fallido en dirección a su propia extinción. Allí se alimentarían deficientemente, se vestirían con ropas que impedirían la transpiración y sufrirían las sucesivas epidemias de viruela, sarampión, gripe, toz combulsiva, etc.

Pero en Ushuaia se favoreció, además de la desintegración física, la desintegración cultural, por ejemplo con la instalación de la primera tienda y la circulación de la moneda. Dice Chapman: “La tienda introdujo una fisura más en la estructura social de los yaganes, como si al introducir un factor puramente económico e impersonal en la red de relaciones sociales, drenara su fuerza vital.

Ningún dinero, o muy poco circulaba por los bolsillos de los yaganes, aunque sí por los bolsillos de los loberos que venían de visita, que pagaban a frío contado las mercancías que compraban a los misioneros. De vez en cuando, los yaganes vendían sus pieles a los loberos por dinero, aunque poco.”

El famoso misionero Thomas Bridges se consoló en una oportunidad con este pensamiento: “Es bueno que (los fueguinos) sientan agudamente los males de la vida errante y de derroche que llevan, sin guardar nada para el mañana, para que así se sientan movidos a hacer un esfuerzo por proveer para el futuro y a renunciar a la actual mala costumbre de vivir los unos de los otros”.

En un texto de 1875, más desarrollado en verdad, Bridges expresa en nueve conceptos claves de la “etnografía” subyacente de la catequesis misional para los yaganes (que es muy interesante para darse cuenta hasta qué punto podía llegar la estrategia doble C):

1. Los padres, invariablemente, no se esmeran por la educación de sus hijos (...) salvo talvez un poco de instrucción.
2. Un nativo nunca castiga a su hijo porque ha hecho algo malo, sino porque lo ha molestado.
3. De hecho, en cuanto a todos los deberes de la vida, el pagano (...) tan egoísta, tan inmoral, tan irracional, tan insensato, como para que pierda la consideración mutua, el afecto de sus hijos y la confianza de todos los hombres.
4. El miedo es un factor poderoso: miedos a los hombres, miedo a la muerte. Cada clan apoya a sus miembros, sean o no culpables.
5. Las costumbres errabundas de los nativos terminan por hacerlos serviles entre sí.
6. En sus viviendas no hay privacidad ni exclusión; los nativos entran y salen de las viviendas de los demás durante todo el día, se acucillan muy cerca uno de otro, las mujeres se rodean entre ellas con los brazos y se las ve caminando de ese modo por ahí; también a los hombres. Esta horrible licencia prevalece en todo.
7. En todas partes es evidente una falta generalizada de confianza, lealtad y amor. Hay grandes demostraciones de amistad, pero poca sinceridad.
8. Cuandos nos venden pieles u otras cosas quieren hacerlo sin que los demásse enteren, para guardar para sí lo que reciben.
9. Esta gente es tan dada a la generalización y la mentira; cada bando en forma invariable se exculpa y condena al otro.